

Alejandro Guillermo Raiter  
e Irene Inés Muñoz\*

## El discurso zapatista ¿un discurso posmoderno?

EL ALZAMIENTO DE CHIAPAS HA SIDO CALIFICADO COMO un conflicto posmoderno; Roger Burbach (Burbach, 1994) demuestra que en efecto no es un movimiento campesino por el derecho a explotar la tierra, que sería propio de la modernidad, ni una revuelta indígena de tinte nacionalista, de liberación, ni tampoco un “cerco” de los más pobres sobre las ciudades “ricas”. Tampoco se reivindican como guevaristas, foquistas, ni vanguardia. Holloway (1996), por su parte, considera que el zapatismo presenta un “nuevo lenguaje” que disputa con el discurso de la globalización del capitalismo tardío. Por otra parte, Laclau (1994, 1996) ha propuesto el concepto de significante vacío, definido como aquello a que remite lo ausente en una formación social como un concepto clave para el análisis de una política emancipatoria posmoderna.

En este trabajo se utilizó como *corpus* de análisis del discurso zapatista la producción recopilada en Editorial Era números 1 y 2 y la difundida por *e-mail*. Se discuten los siguientes aspectos: constitución del enunciador, construcción de los destinatarios, lugar del simbólico del adversario, etcétera; también el valor de los signos ideo-

\* Universidad de Buenos Aires, Argentina.

lógicos (Voloshinov, 1926) que emplean, y las combinaciones sintagmáticas en que los signos aparecen.

En función de nuestro análisis intentaremos establecer dentro de qué red discursiva está inscrita la producción zapatista y qué novedades presenta, si alguna, con respecto a otros discursos que se reivindican de izquierda. Sin discutir la caracterización política realizada por Burbach, intentaremos discernir si el análisis del discurso zapatista permite afirmar que pertenece a una formación ideológica (Pêcheux, 1969) que pueda ser caracterizada como posmoderna y hasta qué punto puede ser considerado o no un discurso emergente (Giménez Montiel, 1983). En este contexto discutiremos críticamente el concepto de significante vacío propuesto por Laclau y su utilidad para el análisis del discurso.

Seguramente podemos afirmar, parafraseando a Foucault (1971), que la primer tarea de un emisor político, anterior y simultánea a la posibilidad de encarar la lucha discursiva por el poder, consiste en la lucha por el *poder decir*, esto es, la lucha por constituirse en emisor válido, reconocido como tal, dentro de la red discursiva. Esta tarea no es sencilla: aun en el caso de ser escuchado corre el riesgo de quedar constituido simplemente como uno más dentro del coro de los que repiten hasta el hartazgo los mismos signos ideológicos (Voloshinov, 1926) intentando cambiar apenas algunos de los rasgos —por medio de los cuales diferenciarse— que determinan su valor dentro de los intercambios sociales.

El solo hecho de que estemos aquí discutiéndolo es una evidencia del éxito del discurso zapatista en este primer crucial momento: el poder decir. Transformado en objeto de discusión académica, el zapatismo ya ha dado lugar a la reflexión sobre las características de los movimientos sociales en el capitalismo tardío (Burbach, 1994), sobre las condiciones de producción del discurso emancipatorio en el universo mediático en que se desenvuelve la política posmoderna (Débray, 1993, 1996) sobre los rasgos que lo distinguen de los discursos tra-

dicionales de izquierda (Holloway, Raiter y Muñoz). El discurso zapatista adquirió así otra dimensión: la de constituirse en un lugar privilegiado para un proceso de autorreflexión colectiva (Gouldner) sobre las prácticas sociales emancipatorias y la de los discursos capaces de sostenerlas. Cuando al Subcomandante Marcos le preguntaron si los zapatistas eran “una guerrilla posmoderna” su respuesta fue: “Ni moderna ni posmoderna. Lo que yo creo que pasó es que la historia no se acabó, pero cambió, no necesariamente para mal...”<sup>1</sup> Nosotros presentamos aquí tres tesis que tratan de acercar una respuesta desde el instrumental del análisis del discurso.

### I. PRIMERA TESIS

*El discurso zapatista se aparta del discurso clásico de la izquierda en sus formas textuales, cambia el dispositivo de enunciación y la formas de negociar el valor de sus signos ideológicos.*

Definir como “nuevo” un discurso político es algo que ya se ha hecho muchas veces, y ha sido usado para caracterizar a líderes políticos tan diferentes como Perón o Giscard d’Estaing, Fidel Castro o Perrot, Daniel Ortega o Collor de Mello. Sin embargo, si afirmamos que un discurso político es nuevo, no estamos diciendo absolutamente nada sobre él; no puede definirse un movimiento político ni un discurso como “nuevo”.

Es posible —y creemos útil— avanzar con las herramientas disponibles en el campo de la lingüística para proceder a un análisis del discurso que permita establecer sus diferencias. No es posible, sin embargo, exponer el material de análisis y el análisis mismo en una presentación de este tipo: expondremos sólo nuestras conclusiones.

<sup>1</sup> Reportaje, p. 12.

### 1.1. Formas textuales

En primer lugar, es notable la combinación de dos rasgos, propiedades del uso del lenguaje, pero ajenos a la práctica discursiva política de la izquierda tradicional: las diferencias dialectales marcadas como *variaciones de registro* que se utilizan de acuerdo con una lógica vinculada a la definición de *destinatarios*.<sup>2</sup> Los documentos zapatistas tienen todos *receptores declarados*; los comunicados tienen encabezados diferentes según estén dirigidos a periódicos, al “pueblo de México”, a “los pueblos y gobiernos del mundo”, a diferentes organizaciones indígenas, a federaciones estudiantiles, a partidos políticos, etcétera. El discurso zapatista varía siempre que explicita un interlocutor diferente, o lo hace en las famosas posdatas del Subcomandante Marcos. En las cartas que dirigen a otras organizaciones indígenas no utilizan la ironía, recurso del que sí hacen uso en los comunicados periodísticos y en las cartas dirigidas a partidos políticos o a la federación estudiantil. Tampoco ése es el lugar para informar sobre la situación militar. En notas a las ONG u otras organizaciones de la “sociedad civil”, se procura establecer una relación de identificación o acercamiento, netamente diferenciada de la distancia que establecen frente a partidos políticos cuando éstos les envían notas o comunicados que los zapatistas agradecen.

En segundo lugar, es llamativa la diversidad de los recursos utilizados para lograr estas variaciones: *los giros irónicos*, ya respetuosos ya amenazantes; *las fórmulas rituales*; la variedad de sus  *citas de autoridad*, que no se limitan al panteón tradicional de la izquierda sino que incluyen a poetas, novelistas, jugadores de fútbol

<sup>2</sup> Llamamos variaciones de registro (Lavandera) a las diferencias —formales y de significado— que presenta un dialecto particular y que son debidas al contexto en que es emitido, por ejemplo situacional (institucional, familiar, etc.) o interpersonal, en cuanto a una simetría o asimetría en relación con su poder, a la familiaridad que tienen entre sí los interlocutores, si el destinatario es individual y colectivo. etcétera.

y dioses y semidioses; un *idiolecto peculiar* que conjuga unas pocas palabras aisladas de los dialectos indígenas junto a los giros sociolectales propios de México, sin despreñar expresiones dialectales en un castellano culto, y palabras y expresiones en inglés o francés, que no sólo no trata de ocultar sino que hacen gala de una notable yuxtaposición entre culturas y una curiosa concepción del mundo y sus cambios.

Finalmente, aunque no se nos escapa que la caracterización genérica es extremadamente difícil, nos atrevemos a afirmar que mucho de lo “nuevo” del discurso zapatista está en este terreno. Consiste precisamente en que nos encontramos con textos caracterizables por diferentes tipologías discursivas: relatos históricos y míticos, discursos públicos, órdenes y comunicados militares, cartas personales, proyectos de ley, ficciones y relatos fantásticos, panfletos, resoluciones judiciales, poesías y fábulas de animales son los diferentes “tipos” textuales de la producción zapatista.<sup>3</sup> Mientras que la producción discursiva política tradicional y de la izquierda latinoamericana en particular se mantiene dentro de lo que llamamos “discurso público” incluso hasta el hartazgo, aun en diferentes espectáculos, es decir independientemente del tipo de evento comunicativo (Hymes, 1974) en el que están participando: intervenciones en el parlamento o reuniones ministeriales, en el gobierno o como opositores, como candidatos electorales, ante inauguraciones o conmemoraciones, en reportajes radiales, televisivos o periodísticos, ante periodistas nacionales o extranjeros, en libros o artículos periodísticos propios, panfletos, en actos públicos partidarios o con extrapartidarios, etcétera, los discursos zapatistas rompen este molde *variando* permanentemente. La “Declaración

<sup>3</sup> Estamos tomando aquí *lo político* no como género discursivo, sino como una dimensión presente en diferentes tipos textuales. Ver Raiter, 1995. En cuanto a *discurso público* es aquel discurso político pensado para ser dicho en un acto con público partidario, con el cual se promoverá al aplauso y al rechazo de los adversarios; es decir, un discurso parte de un espectáculo. Ver al respecto, Raiter, Edelman, Verón.

ción de la Selva Lacandona”, verdadera declaración de guerra del 2 de enero, es seguida de una crónica periodística el día 5, para ofrecernos el día 13 comunicados a la prensa que no desdeñan intercalar en un tono académico, una propuesta de negociación, una carta a otra organización política y . . . un relato que mezcla realismo con situaciones fantásticas.

La función polémica (Verón) constitutiva del discurso público político no desaparece, pero la función poética (para tomar un concepto más tradicional; Jakobson, 1961) caracterizadora del discurso literario, adquiere un peso inusitado para la comunicación política. La diversidad de géneros y las variaciones de registro son sólo dos de los modos en que se pone de manifiesto esta constante preocupación por la forma de la comunicación y un cuidado por la recepción que lo aleja de las prácticas casi autistas de la retórica tradicional de la izquierda.

## 1.2. *Constitución de los lugares simbólicos de la enunciación*

Como todo discurso, el zapatista define dentro de sí las imágenes del enunciador, de los destinatarios y del tercero (Ducrot). Los discursos políticos habitualmente constituyen al enunciador como un abanderado, un ungido, un poderoso que todo lo sabe, que debe ser elegido representante porque él es quien sabe qué y a quiénes debe representar; conoce de problemas y soluciones. En este sentido no es un hombre común, típico, sino un *tipo* (Luckacs, 1945) que ha superado, por su saber y su poder, el lugar de los hombres y mujeres comunes, lugar de donde proviene, para estar encima de ellos. Para decirlo de un modo caro a la crítica literaria: un héroe griego, un héroe del “realismo socialista”. El emisor chiapaneco no acepta esta constitución habitual de los discursos políticos; por el contrario, se constituye —en tanto emisor— como uno más, uno que depende

de los demás, uno que no puede decidir porque no conoce la solución. No quiere siquiera ser representante, es —a lo sumo— un vocero. El emisor zapatista no conoce los problemas: le duelen; es un típico, sin voz ni rostro propios, un humilde que pide perdón por tener que hablar —y combatir—; un emisor que promete el silencio y el fin de su existencia y razón de ser. Se presenta en los enunciados con la primera persona del singular, sujeto desinencial (“el Subcomandante Marcos”), en tercera del singular (cuando habla el CCRI-EZLN), o en primera del plural (“nosotros los integrantes del CCRI”) (“nosotros los indígenas”).

Está claro que los tres lugares de la enunciación están en relación dinámica. Esto es, la forma en que se constituye uno de los tres no es indiferente ni independiente de la forma en que quedarán constituidos los otros dos; tampoco es un mecanismo independiente de otras estrategias del discurso. El mecanismo —o dispositivo, en términos de Sigal y Verón (1985)— de enunciación forma parte del significado de un discurso, y por lo tanto la forma en que se constituyen los lugares simbólicos no sólo es en sí significativa, sino que tendrá que ver con el sentido que tomen otras construcciones, o términos. Por ejemplo, el signo ideológico verdad es algo que posee, que conoce y que convierte en atributo de sus dichos el emisor político que hemos denominado “habitual”. Para el emisor chiapaneco, en cambio, *verdad*, funciona con el valor de *sinceridad*, no puede ser atributo de sus dichos porque no sólo puede dudar, sino que puede aceptar más de una verdad; ésta depende de una actitud, de una intencionalidad; las verdades son del corazón, no de las cosas.

El destinatario del discurso político son sus partidarios o simpatizantes, o como quiera que los llamemos: son los destinatarios de sus actos de persuasión; al tercero discursivo se le define mediante actos de advertencia, de amenaza, o aserciones, es decir, definiciones. En este sentido suelen diferenciarse los destinatarios del resto de la población, porque ya son, hasta cierto punto, ilumina-

dos: han comprendido la verdad del líder, comparten su saber, aunque sea como consumidores o abrevadores del néctar de la futura felicidad y bonanza, del que el enunciador dispone a manos llenas. Los documentos zapatistas tienen una particularidad definida por sus *condiciones de circulación*: no están dirigidos a sus combatientes o militantes, sino al resto del público; es decir, que nos presenta una particularidad como discurso político: un sector de sus adherentes no tiene lugar en la destinación. Como consecuencia de esto —si aceptamos la diferenciación de los tres lugares de la enunciación— los indígenas chiapanecos combatientes quedan constituidos del lado del enunciador.

El discurso zapatista constituye su destinatario en la *sociedad civil*; se le presenta una pararealidad discursiva que busca el cambio de creencias, conductas y actitudes, pero . . . no se lo incita a incorporarse al EZLN como tal, ni a tomar las armas: sólo se le pide que se exprese, que esté de acuerdo con el pedido de paz, democracia y justicia, y que lo haga con “verdad de corazón”. Cuando Marcos enumera su identidad diciendo que es “gay en San Francisco, negro en Sudáfrica, chicano en San Isidro, anarquista en España, palestino en Israel, indígena en las calles de San Cristóbal, chavo banda en Neza, rockero en CU, judío en Alemania, ombudsman en la Sedena, feminista en los partidos políticos, comunista en la posguerra fría, preso en Cintalapa, pacifista en Bosnia, mapuche en los Andes, maestro en la CNTE, artista sin galería ni portafolios, ama de casa un sábado por la noche en cualquier colonia de cualquier ciudad de cualquier México, guerrillero en México de fin del siglo xx, huelguista en la CTM, reportero de nota de relleno en interiores, machista en el movimiento feminista, mujer sola en el metro a las 10 p.m., jubilado en plantón en el Zócalo, campesino sin tierra, editor marginal, obrero desempleado, médico sin plaza, estudiante inconforme, disidente en el neoliberalismo, escritor sin libros ni lectores, y, es seguro, zapatista en el sudeste mexicano”, está definiendo un destinatario: “Todo lo

que incomoda al poder y a las buenas conciencias, eso es Marcos”; *su destinatario es el que carece de poder*. Así, el discurso zapatista busca constituir un destinatario que es a la vez universal y particular, que excede largamente a los indígenas de Chiapas y que va más allá de México, tratando de alcanzar todos los rincones de un mundo globalizado.

### 1.3. *El valor de los signos ideológicos*

Una y otra vez se repiten los ítem léxicos: *democracia, libertad y justicia*, consignas y objetivos de la lucha zapatista que reaparecen en casi todos los documentos y terminan funcionando como su cierre. No son —aparentemente— ni nuevos ni originales. Sin embargo, es sabido que el *sentido* de los signos no se mantiene constante, no están dados de una vez y para siempre. ¿Cómo se logra esto? Los signos no “significan” aislados sino en el texto en que aparecen, y a la vez como resultado de toda la producción discursiva de determinados emisores, personales o institucionales. De acuerdo con los sintagmas en que aparecen, con qué otros signos se los combina o califica, con cuáles se los compara, contrasta o coordina, los signos adquieren diferente *valor*. Algunos de los signos, cuando se repiten constantemente a lo largo de una producción discursiva, se constituyen en los *signos ideológicos* característicos de ese discurso (Voloshinov, 1926).

#### 1.3.1. *¿Significantes vacíos o valor ideológico de los signos?*

Así, podemos decir que *justicia-libertad-democracia* son signos ideológicos del discurso zapatista. Es lícito preguntarnos, entonces, con qué valor aparecen estos signos en los discursos (Menéndez y Raiter, 1986) y qué lugar ocupa la producción zapatista en la red discursiva.

Preferimos ésta a la estrategia propuesta por Laclau (1994, 1996) alrededor del concepto de *significante vacío* —que define como aquel que remite a lo que está ausente en una formación social. Nosotros consideramos que este enfoque, cuyo mérito principal consiste en evitar el sustancialismo de las categorías políticas lo hace al precio de restar capacidad explicativa al análisis del discurso como disciplina.

Desde el punto de vista teórico, por otra parte, preferimos una interpretación estricta de Saussure para quien el signo lingüístico tiene siempre dos caras: *significante* y *significado*, de modo que no puede existir la una sin la otra, y la relación (arbitraria) entre las dos lo constituye. La arbitrariedad de la relación entre significado y significante —y, podríamos decir, del signo con su referente— impone que cada signo en particular no pueda ser definido positivamente, sino negativamente. El valor de un signo sólo puede determinarse por lo que no es: en relación con los otros signos del sistema un signo posee la característica de ser —de poseer el valor— que los otros no tienen. El signo *democracia*, por ejemplo, tiene el valor de no ser demagogia, autoritarismo, autocracia, aristocracia, dictadura, monarquía (si éste fuera la parte del sistema relacionada con el concepto “formas de gobierno”).

Un significante no está vacío porque está conformado por fonemas que remiten a su *imagen acústica*; si Laclau se refiere a un significante sin significado, simplemente no existe (fuera de la precisa función que cumple en el dispositivo teórico lacaniano). Dentro de un enunciado concreto, de un hecho de *parole*, efectivamente producido, el signo adquiere un *sentido* particular, que actualiza su *significado constante* (que es el ahistórico, el del diccionario, el de la *langue*). Si un “significante vacío” remitiera a “un ausente en la formación social” posible de ser “llenado”, tendría el valor negativo de ser lo que los otros signos no son, es decir, no puede estar vacío de significado pues ya está definido como *ausente*.

Si arbitrariamente —a través de una operación discursiva que Laclau llama hegemonía, muy débilmente determinada— pudiera ser llenado, simplemente estaríamos en el caso —habitual— en que un signo no tiene el mismo *sentido* para todos los miembros de una comunidad lingüística en un momento determinado. *Hogar*, por ejemplo, tiene el mismo valor para todos los miembros de una comunidad (no es una escuela, una legislatura, un comercio, un gimnasio, aunque el referente pueda ser diferente: para algunos será un chalet con piscina, para otros un departamento de 150 metros, para otros una modesta cabaña de 50 metros, para otros una choza en una villa; pero ninguno que tenga algún tipo de estos hogares es un *homeless*, que es aquel al que le falta un hogar.

El encuadre que adoptamos nos dota de una cierta capacidad analítica de los discursos específicos y de los procesos por los que transitan, que son sociales e históricos, no textos sueltos recolectados por un analista, sino producciones semióticas, significativas en la comunidad que los produjo.

En el discurso zapatista el valor del signo “democracia” aparece incluso definido explícitamente —aunque ausente en México, como veremos— en una declaración del CCRI-CG que es a la vez un excelente ejemplo de la producción discursiva zapatista. *Democracia* significa *mandar obedeciendo* por oposición a *mandar mandando*. El contexto en que esta definición se produce (por primera vez, luego es repetida en muchos documentos) es una suerte de relato mítico sobre los orígenes, en el que se describe la reunión de aquellos que siempre creyeron en “que la voluntad de los más se hiciera común en el corazón de los hombres y mujeres de mando” que descubrieron una palabra “que viene de lejos”: *democracia*, de la mano de “los que en la noche andan” (¿el grupo guerrillero, sus antepasados, ambos; el texto mantiene siempre la ambigüedad y el sobreentendido). Pero este encuentro sirve para constatar que “son los menos los que ahora mandan y mandan sin obedecer, mandan

mandando” y entonces adoptan el signo *democracia* para nombrar su lucha y su objetivo: “Y vemos que los que mandan mandando deben irse lejos para que haya otra vez razón y verdad en nuestro suelo. Y vemos que hay que cambiar y que manden los que mandan obedeciendo, y vemos que esa palabra que viene de lejos para nombrar la razón de gobierno, *democracia*, es buena para los más y para los menos”. Mandar obedeciendo, queda así como atributo del emisor, y mandar mandando es el valor que el tercero discursivo (el “supremo gobierno”, el neoliberalismo) da a ese signo homófono.

Porque el valor que adquiere aquí *democracia* no es otro que el de la ruptura radical, “una relación política nueva”, que no puede ser asimilada por la lógica dominante, pero tampoco por las concepciones tradicionales de la izquierda. Socialismo, capitalismo, socialdemocracia son presentados como sistemas o rumbos *a decidir*, entre todos, no como presupuestos programáticos. El valor de *democracia*, por otra parte, no puede agotarse en un programa, *alude a una práctica social en funcionamiento*, con sus tiempos y modalidades de decisión. Explica y a la vez fundamenta en los relatos zapatistas las tácticas políticas adoptadas, la decisión de la guerra, las condiciones del proceso de negociación con el gobierno, etcétera.

La fortaleza de la cadena sintagmática *democracia-libertad-justicia* (a veces denominada “tríptico”) aumenta el efecto, el sentido de ruptura. La *libertad* aparece siempre asociada a la *democracia* porque se asimila al derecho “elemental” de decidir. Libertad no es otra cosa que no sujeción a otras decisiones que no sean las colectivas, tomadas en la comunidad, al punto que el EZLN no pretende tomar el poder en México porque sería imponer su decisión a otras organizaciones comunitarias que se verían así privadas de su libertad de decidir. *Libertad* tampoco remite exclusivamente a un atributo autónomo de las personas. ¿La *justicia*? Es la garantía del autogobierno y como tal se exige *justicia indígena*:

no sólo derogación del código penal de Chiapas, sino que la comunidad actúe como juez, sin jueces ni abogados profesionales, sin división de poderes. Además está presente en sentido esencialista expuesto como evidente: “no es *justo* que no haya electricidad en un estado que la produce”, tampoco que se mueran las mujeres porque “no hay clínicas para partos”; son necesarios “precios *justos*” para los productos del campesino y las artesanías de las mujeres; la existencia de hospitales, de maestros... De este modo, Camacho Solís, delegado del “supremo gobierno” en las negociaciones de paz, no puede atender a la demanda de *justicia* que solicitan los delegados zapatistas en la mesa del diálogo, porque en todo caso —como emisor del poder constituido— no puede ofrecer *justicia* sino solamente sujeción a las leyes; como máxima concesión “juicios” o “amnistía para los que portan armas”, es decir, sujeción a las leyes del Estado mexicano (leyes que serían antiindígenas) que no tienen, por lo tanto, el valor de legítimas para los indígenas chiapanecos.

El valor del signo *justicia* es diferente entre los sistemas de referencias del zapatismo y del neoliberalismo; el *sentido* que tomará ese signo en una u otra producción discursiva será necesariamente diferente: jamás estará “vacío”.

Junto a los ecos rousseauianos que asocian la “verdad de corazón” con la *democracia* como libertad positiva, o todavía más antiguos como las referencias premodernas a “los precios justos”, están presentes otros de resonancias modernas. El agente de (los signos ideológicos) {*democracia-libertad-justicia*} es “la sociedad civil” que, asimilada al “pueblo”, constituye la múltiple y plural depositaria de la soberanía. De una soberanía que aquí excede el ámbito nacional. Pero en el discurso zapatista adquiere también su valor ideológico distintivo: la sociedad civil ajena, casi opuesta al gobierno, al Estado, y a los partidos políticos, y ajena incluso al EZLN mismo, porque éste no pretende representarla. Pero si la sociedad civil es la verdadera portadora y

forjadora de la democracia-libertad-justicia, lo es también en un sentido posmoderno: está constituida por una pluralidad de sujetos que excede sin embargo la fijación o el anclaje territorial o social. Estas consideraciones nos llevan a la formulación de nuestra segunda tesis.

## 2. SEGUNDA TESIS

*El discurso zapatista es un discurso situado en una red discursiva que se desarrolla en el campo cultural del capitalismo tardío como oposición al discurso dominante. Asume así algunos rasgos de la llamada "condición posmoderna" pero lo hace con eficacia crítica.*

Si entendemos al posmodernismo como la lógica cultural del capitalismo tardío hay un modo, que entendemos superficial, en el que el discurso zapatista podría ser calificado de posmoderno: pertenecería a esa lógica cultural, de la que nadie ni aun los antiposmodernos pueden permanecer al margen (Jameson, 1984). Es que, como dijo el Sub, "las cosas cambian"<sup>4</sup> y —decimos nosotros— la forma de nombrarlas también. Sin embargo, hay un sentido en el que la cuestión no es banal y es la de preguntarse por el lugar que ocupa en la formación discursiva posmoderna de los 90 la producción zapatista.

Lo radicalmente nuevo del discurso zapatista es, también, el lugar que pretende ocupar en la *red discursiva* actual, es decir, en el conjunto de referencias sociosemióticas vigente. Una red discursiva está formada por todos los discursos que, manteniendo esas referencias, responden, critican, afirman total o parcialmente, discursos anteriores. (Foucault 1971). Una red discursiva no es homogénea: el *discurso dominante* (Raiter 1989) es la parte de las referencias de una red que

<sup>4</sup> Reportaje, p. 12.

establece las condiciones para construir la verosimilitud dentro de ésta; determina un "eje" que califica a los otros discursos como opositores, marginales, aliados, pornográficos, policiales, periodísticos, académicos, verdaderos falsos, etcétera, por la distancia que toman con respecto a ese eje que el dominante establece.

El discurso zapatista rompe violentamente el cerco del discurso dominante de los 90, neoliberal y modernizador que impone al discurso clásico de la izquierda un lugar en la red discursiva que lo ubica en un papel marginal, nostálgico y minoritario, y efectivamente acompañante, desde el rol de un opositor (como el discurso opositor del discurso neoliberal) del sistema de referencias neoliberal con sus valores. Es con este discurso con el que debe competir el zapatista. No se encuentra<sup>5</sup> con otros discursos guerrilleros, no debe demostrar, entonces, que es el más nacionalista ni el más revolucionario, tampoco debe demostrar que no está vinculado a la política exterior soviética o cubana, pero sí se encuentra con otros discursos que resultan calificados desde el dominante como inverosímiles y en retroceso: el socialdemócrata, el de la izquierda tradicional, el de la lucha antiimperialista. Debido a este nuevo contexto discursivo es que no es foquista ni insurreccional, aunque esté armado, ni rousseauniano aunque se funde en la soberanía del pueblo, ni gramsciano, aunque mencione a la sociedad civil, ni nacionalista ni internacionalista, aunque vacilen permanentemente en autodenominarse como *indígenas de México* o *en México*, son... zapatistas. Es un discurso que utiliza formas —y presenta rasgos— posmodernas (como exaltación de las diferencias y la defensa de diversas minorías oprimidas, no sólo de clase o nacionales, como mostramos más arriba) con lo que logra ser no nostálgico, no ocupar el lugar asignado, y así disputar por otro.

En ese último sentido, aunque con algunas formas dis-

<sup>5</sup> Esto dejó de ser cierto con la aparición del EPR en el estado de Guerrero; sin embargo, no cambia en lo esencial nuestro análisis.

cursivas que caracterizan la producción discursiva política de la posmodernidad, no son posmodernos. Sin embargo, insistimos, el discurso zapatista construye sus condiciones de verosimilitud asumiendo formalmente la llamada condición cultural posmoderna. Ya hemos señalado algunos de esos rasgos: la *multiplicidad plural* de los sujetos que constituyen como sus destinatarios; aunque buscan la *universalidad* en la constitución de un sujeto irreductiblemente opuesto al poder, en la renovación del género del discurso político con una atmósfera de *realismo mágico* en la que reúnen viejos y nuevos relatos para dar nuevos valores a viejos signos ideológicos que los preceden. Y se podrían incluso señalar otros: el tono *irónico*, la falta de solemnidad, el reconocimiento de la incertidumbre de no poseer soluciones totalizadoras... Salvo las esenciales, no negociables: *democracia-libertad-justicia*.

Al mismo tiempo se propone como su crítica irreducible y radical: el TLC o NAFTA es injusto porque “no lo votamos nosotros” y “no nos tuvieron en cuenta” (y no sólo ni principalmente porque nos perjudique); las “costumbres” y el modo de hacer política de los partidos y organizaciones gremiales y políticas consolidadas son implacablemente denunciadas; el carácter monolingüe del gobierno es contrapuesto feroz e irónicamente a la pluridialectalidad de su fuerza propia. El ejercicio tenaz de una política de la presencia: “porque aquí estamos y no pueden ignorarnos”, como ellos no ignoran al supremo gobierno, al PRD o la federación estudiantil constituye su táctica y su estrategia. No piden ser escuchados, simplemente hablan; construyen su propio Aguascalientes; demuestran que el supremo gobierno no puede prometer ni garantizar lo que promete porque sus propios dirigentes son escandalosamente asesinados.

El solo hecho de su presencia armada en el sudeste mexicano, sin hostigar al ejército federal, sin boicotear las elecciones u otra decisión del gobierno central, pone de manifiesto una concepción del poder como produc-

tividad. La paciencia e ironía, recursos para analizar sus propias acciones “desde afuera”, da lugar a una autorreflexión que les permite admitir la posibilidad de una derrota que, sin embargo, no implicaría el fin de la lucha.

Todos estos rasgos los alejan de las estrategias clásicas, pero instalan su voz en las contradicciones insalvables del capitalismo tardío: las de la exclusión y la marginación. La sensibilidad y uso de la función poética del lenguaje, que los aleja tanto del racionalismo como del consignismo vacío, junto con una esforzada política de comunicación hacia el exterior, suponen ese lugar. Sin embargo, lejos de alejarse de los “grandes relatos”, en todo caso éstos vuelven de la mano de los “viejos relatos” enriquecidos por las complejas formas del realismo mágico. Los signos ideológicos son modernos en la tradición de democracia como *soberanía* pero están anclados en una tradición mítica y comunitaria en la que individuo y comunidad conforman sujetos que se presuponen mutuamente sin por eso anularse, resultando así a la vez más esencialista y más universalista.

Es un *discurso emergente* en tanto no se limita a criticar el valor que el discurso neoliberal otorga a sus propios signos ideológicos, sino que pone en duda la verosimilitud misma del discurso neoliberal, su sistema de referencias como la eficiencia, llegando al punto de cuestionar la misma medición del tiempo. Los zapatistas por un lado, y el supremo gobierno y los hacendados por el otro, han sido producidos por dos historias diferentes: hombres de madera y hombres de maíz.

El discurso zapatista adquiere así —en términos de Wittgenstein— un “aire de familia” que lo emparenta con el *Espartaco* de Howard Fast, con *Los ríos profundos*, de Arguedas, con Manuel Scorza, con Azuela, con Bartolomé de las Casas... con Emiliano Zapata. Muestra la permanencia de una *formación ideológica* (Pêcheux, 1969) que atraviesa las (hipotéticas) formaciones discursivas modernas y posmodernas: las voces de

las víctimas, de los que sólo concurren al mercado como mercancía, de los dominados de ayer y de hoy.

### 3. TERCERA TESIS

*La red de acciones y discursos en la que se inscribe coloca al discurso zapatista en condiciones de luchar por constituirse en un "discurso emergente".*

Cuando los zapatistas deciden no apoyar al PRD fundamentan su actitud en que si bien le reconocen el carácter de opositores al PRI y al gobierno, también encuentran que tienen el mismo sistema de caudillos, caciques o punteros; es decir, no toman decisiones en y con la comunidad, sino, en el mejor de los casos, en un colectivo de dirigentes. El EZLN puede negociar con el supremo gobierno de igual a igual precisamente porque no son iguales; admiten que el PRD es opositor dentro del régimen institucional que consagró (aun con fraude) al supremo gobierno, pero eso no es tan importante cuando los métodos son idénticos. El EZLN no es una oposición que legaliza —como el PRD— al parlamento y a los actos electorarios; el PRD es la oposición legal del Estado, mientras que el EZLN no acepta la legalidad del Estado en lo que a Chiapas se refiere y en lo que todo México sufre; tampoco aceptan como legítima cualquier decisión que tome el supremo gobierno sin consultarles y que los afecte como pueblo; no legalizan su voz negando o discutiendo la de otros, sino imponiendo la propia porque "surge del corazón". Tienen voz porque los hombres de maíz la tienen desde que los dioses desistieran de construir hombres de oro y de madera. Tienen derecho a trabajar la tierra porque ésa es su obligación, los dioses se la impusieron; no pueden poseerla, porque la tierra no se posee para comprarla o venderla, porque fue dada por los dioses sólo para trabajarla.<sup>6</sup> No se trata sólo de ocupar un lugar —opo-

<sup>6</sup> Nos remitimos aquí nuevamente a Burbach, quien explica la ley que admite la comercialización de tierras comunales luego de años de estar

sitor, izquierda, nacionalista— sino de reglas constitutivas (Searle, 1969; Habermas, 1985) que les permite ser de un modo y no estar solamente; ser no por oposición a otro.

*Discurso emergente* (Giménez Montiel, 1983) es aquel que disputa y cambia las referencias sociosemióticas de la red en que aparece, inaugurando, entonces, una nueva. El D.E. aparece perteneciente a la red —de lo contrario no sería verosímil— es decir, retoma los signos presentes, pero les cambia el valor. Al mismo tiempo cuestiona los valores existentes, por eso es que es posible la imposición de otros nuevos. Es decir, resume los signos existentes hasta el momento, les otorga un valor diferente, y a partir de esos nuevos valores construye un nueva pararealidad discursiva. La fuerza del cuestionamiento es tal que obliga a los otros discursos a responderle a esa nueva pararealidad, con lo que un nuevo sistema de referencias es impuesto. Esta posibilidad es lograda por un discurso y pasa a convertirse en emergente cuando el discurso dominante no puede calificarlo de ningún modo (como dijimos el discurso zapatista no es foquista, vanguardista, de izquierda nostálgica ni indigenista) pero —como el emergente le cuestiona no su carácter de dominante, sino el sistema de referencias mismo— el dominante debe responder, perdiendo así su iniciativa discursiva en manos, en las palabras del nuevo discurso.

Desde nuestro punto de vista, creemos haber demostrado que el discurso zapatista realiza la primera operación; puede convertirse en emergente —como fue el caso de los discursos de liberación nacional en los 60 y comienzos de los 70— si el neoliberal continúa —como, en parte, hace— respondiendo. Esta segunda parte no podemos garantizarla lingüísticamente. Los zapatistas aún pueden ser callados.

retiradas del mercado de compraventa por la Constitución. De ese modo se une lo mítico con lo específico y actual. Ver también Zibecchi.

## Referencias bibliográficas

- Arguedas, J. M. (1970), *Todas las sangres*. Buenos Aires. Losada.
- Burbach, R. (1994), "Roots of the Postmodern Rebellion in Chiapas" in *New Left Review* núm. 205, mayo-junio 1994.
- Débray, R. (1993), *L'État séducteur. Les révolutions médiologiques du pouvoir*. París, Gallimard. *El estado seductor*. Buenos Aires, Manantial, 1995.
- (1996), "A Guerrilla with a Difference" en *New Left Review*, núm. 218, julio-agosto 1996.
- Ducrot, O. (1972), *Dire et en pas dire*. París, Hermann.
- Edelman, M. (1988), *Constructing the Political Spectacle*. Chicago, The University of Chicago Press.
- Fast, H., *Spartacus*. Buenos Aires, Siglo xx, 1985.
- Foucault, M. (1971), *L'ordre du discours*. París, Gallimard.
- Habermas, J. (1984), *Theory of Communicative Action*, vols. 1 y 2, trad. T. McCarthy. Londres Heinemann.
- Holloway, J. (1996), "El primer día del último año". *Dialektika*, año 5, núm. 8, Buenos Aires.
- Hymes, D. (1974a), *Foundations in Sociolinguistics*. Filadelfia, Pennsylvania UP.
- Jakobson, R. (1961), "Concluding statement: linguistics and poetics", in T. Sebeok (ed.) *Style in Language*. Cambridge, Mass., The MIT Press.
- Giménez Montiel, G. (1983), "La controversia ideológica en torno al VI informe de José López Portillo. Ensayo de análisis argumentativo". *Discurso: Cuadernos de teoría y análisis*, núm. 1, UNAM, México.
- Gouldner, Alvin, *The dialectic of Ideology and Technology (La dialéctica de la ideología y la tecnología)*.
- Jameson, Fredric (1984), "El posmodernismo como lógica cultural del capitalismo tardío." *Ensayos sobre el postmodernismo*, Ediciones Imago Mundi, Buenos Aires, 1991.

- Laclau, E. (1994), "¿Por qué los significantes vacíos son importantes en política?", en *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires, Ariel, 1996.
- Lavandera, B. (1984), *Variación y significado*. Buenos Aires. Hachette.
- Luckacs, G. (1945), *Ensayos sobre el realismo*, Buenos Aires, Siglo xx, 1965.
- Pêcheux, M. (1969), *Hacia el análisis automático del discurso*. Madrid, Gredos, 1978.
- Raiter, A. (1989), "Dominación y discurso". *Margen Izquierdo*, año 1, núm. 1, Buenos Aires.
- (1996), "Posibilidades y límites del discurso político. El caso EZLN". *Dialektika*, año 5, núm. 8, Buenos Aires.
- Raiter, A. y S. M. Menéndez (1986), "El desplazamiento de un signo ideológico (Análisis lingüístico del discurso político)". *Filología* XXI, 2.
- Raiter, A. e I. Muñoz, "El discurso zapatista, ¿un discurso emergente? *Perisferias*, año, 1, núm. 1, Buenos Aires.